863
A.
PQ6503
.A4
A L6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
97950

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

MI REVISTA

Cuando en 1886 publicaba yo el primero de estos folletos, decía, en una especie de programa, que no se trataba de un periódico, pues lo primero que faltaría en estos opúsculos sería la *periodicidad*. Y esta parte del programa puedo decir ya que se viene cumpliendo; pues los folletos salen de tarde en tarde, cuando Dios quiere, y sin regularidad en el tiempo, á la hora menos pensada, y á veces á las mil y quinientas. No me propongo variar desde hoy por completo de plan, mas sí modificarlo en el sentido que paso á explicar en pocas palabras.

Si hasta aquí era asunto de cada folleto una sola materia, ó cuando más dos largamente tratadas, en adelante no siempre será lo mismo; y, aunque no renuncio á las monografías, á

consagrar cuando convenga las ochenta ó las cien páginas de uno de estos libritos á un solo tema que me sugiera la actualidad, ó la tentación de otra oportunidad de cualquier especie, mezclados con los folletos de esta índole irán otros que respondan á la necesidad á que obedece el que hoy publico; y los de esta clase aparecerán, si no en día fijo, por lo menos dentro del plazo máximo de un trimestre. Es decir, que por lo menos cada tres meses, muchas veces más á menudo, se publicará uno de estos opúsculos, que llevará por subtítulo *Mi revista*, y el número correspondiente de la serie, para distinguirlo de los demás del mismo género; y esto sin perjuicio de la numeración que le corresponda en el orden general de los *Folletos literarios*. Así, el que hoy publico, es el VII en un respecto y el primero en otro.

En cuanto al modo de llamarle: *Museum*, se refiere á la variedad del contenido, y otros se llamarán así también cuando no haya, ó no se me ocurra, bautismo más adecuado. Si algún malicioso recuerda que en español no se dice *Museum*, sino *Museo*, y que el dejar en latín el título es como dejarlo en alemán y copiárselo á Juan Pablo, contestaré que en ello no hay ni intención de despojo, ni ridículas pretensiones de medirme con el maestro, sino sencillamente un homenaje á Richter.

Y ahora voy á lo principal, que consiste en explicar por qué se me antoja hacer por mí y ante mí *una revista*. Con decir que es mía, mía solo, ya doy á entender que en cierto modo tomo á broma el empeño; pues por muy individualista que yo sea (y lo soy mucho en cosas de arte), no he de creer que obra de carácter colectivo, como es una publicación de tal género, pueda ser llevada á feliz resultado por un solo ingenio, y éste tan menguado como el mío. Aunque la historia literaria nos da ejemplos, y no pocos, de empresas semejantes á la mía, y algunos tan notables que no hay para qué recordarlos siquiera, yo, que, más que del empeño por sí, desconfío de mis fuerzas, insisto en declarar que lo de *mi revista* en cierto sentido ha de tomarse á humorada, porque no me juzgo capaz de escribir una revista yo solo.

Mas por otro lado es completamente serio mi propósito, y ha nacido de varios desengaños antiguos, y uno reciente. Hablaré del último, que es el que todavía siento, como se siente una ducha muy fría. El Sr. D. J. Lázaro es un aficionado de las letras, y su noble entusiasmo por tan hermosa causa no es infecundo ó contraproducente como el de tantos otros, que no ven mejor manera de amar el arte que ser también pintores. El Sr. Lázaro no escribe, pero paga á los que escriben y no lo hacen mal, en

su concepto. Lleva este simpático protector de las letras gastados no pocos miles de pesetas en aclimatar su revista *La España Moderna*, y todo el que se interese por la suerte de nuestra literatura tiene que desear vivamente que la empresa del Sr. Lázaro prospere. En la humilde esfera de mi actividad literaria he contribuído cuanto me ha sido posible á la propaganda de *La España Moderna*, y por invitación del señor Lázaro, y creo que indicaciones de la señora Pardo Bazán, llegué á admitir el cargo de redactor en dicha revista, con obligación de escribir un artículo para cada número, es decir, doce al año, seis de ellos revistas literarias. Y así se iba haciendo, y estaba yo muy satisfecho con la nueva tribuna desde la que podía predicar á mi modo, con toda franqueza y con leal desparpajo, cuando al Sr. Lázaro se le ocurrió indicarme que antes que un artículo que le había remitido, y en que trataba de la *Poética de Campoamor*, debía publicarse otro artículo que yo debía escribir acerca de los últimos libros de doña Emilia Pardo Bazán. Y aquí empieza la ducha. ¡Artículos de encargo! ¡Un orden de prioridad impuesto por el editor! Con los mejores modos, los mismos que él usaba conmigo, advertí al Sr. Lázaro que en la crítica de *Clarín* sólo debía mandar *Clarín*; que era parte de la crítica misma, de mi opinión acerca del mérito

relativo de autores y obras, el hablar antes de lo que yo quisiera, y el dar más importancia á quien yo quisiera, y no darle ninguna á quien á mí me pareciese. Podía suceder que los últimos libros de doña Emilia no los creyese yo dignos de llamar especialmente la atención, ó por lo menos de obligarme á relegar á segundo término, y como cosa de menos interés, una obra de Campoamor; podía acontecer también—y éste era el caso—que, aun admitiendo la idea de escribir algo con motivo de las últimas obras de doña Emilia, no me pareciese oportuno hacerlo hasta después de hablar de Campoamor...; y también era probable que lo que yo tuviera que decir de doña Emilia, en sus últimas producciones, no lo quisiera publicar el Sr. Lázaro. Este cumplido caballero y abnegado editor insistió en su manera de apreciar los fueros de la crítica; defendía su fundo literario, encontraba muy natural que, siendo él amo (amo, el que alimenta, según Bardon), nadie le fuera á la mano en la distribución de asuntos, en el orden de preferencias; sin fijarse, á mi ver, en que un propietario de periódico puede conseguir el propósito de dar el sesgo que quiera á su papel, buscando escritores que se presten á escribir de encargo; pero de ningún modo imponiendo á gacetilleros del carácter de *Clarín* tareas de coser y cantar y con el corte hecho. Yo había de hablar

de los libros de doña Emilia... y el Sr. Lázaro añadía que se publicaría mi artículo relativo á esos libros si tal y cuál, es decir, si mi opinión acerca de esa ilustrada señora y sus últimas obras no la mortificaba mucho; pues no era justo que debiéndole la Revista á la escritora gallega el favor inapreciable de una asidua y sabia colaboración, y de una inteligente propaganda, se la tratara mal, etc., etc. De modo que, juntándolo todo, lo que se me pedía era hablar cuanto antes de doña Emilia, y hablar de modo que á ella no la enfadase... A esto sólo me ocurre decir al Sr. Lázaro lo que le dijeron á Segismundo:

El no haberme conocido
sólo por disculpa os doy
de no honrarme más... !

No ya por los veinte duros que paga el señor Lázaro por un artículo, ni por veinte millones de duros (á lo menos tal creo ahora, que no sé lo que parecen y deslumbran veinte millones de pesos), se me seduce á mí hasta el punto de hacerme hablar bien, ó menos mal, de una cosa de que no quiero decir nada, ó de que quiero decir mucho malo.

De modo que no había más que una salida; presentar mi dimisión de redactor de *La España Moderna;* que presenté, en efecto, y me fué admitida.

Era la primera vez que yo colaboraba en una de estas revistas serias y grandes (porque no se ha de contar un artículo que publiqué en la *Revista de España*, y que no me han pagado todavía), y confieso que me daba cierto tono codeándome con los señores formales y que escriben largo y tendido acerca de los intereses morales y materiales. Pero los hados son los hados. Estaba de Dios que yo no pudiera entrar en el buen camino, como tantas veces me han aconsejado varios sujetos que se dicen mis admiradores y amigos que me besan la mano. «A mis *paliques* me vuelvo, me dije, recordando al Té, viniendo del imperio chino (cuando se encontró con la Salvia en el camino), á mis *ilustraciones* y periódicos festivos, *donde sé que me compran á más precio*; pero entiéndase, me compran los artículos, me los pagan mucho mejor, mucho mejor que las revistas serias, que, ó no pagan, ó pagan poco... y además me dejan decir mi parecer con entera franqueza, y jamás me señalan asunto, ni indican preferencias ni nada de eso.

Creo, además, que lo poco que yo puedo influir en bien de las letras tiene más eficacia mediante esos trabajillos ligeros, pero algo pensados, y de buena intención, que publico en varios periódicos populares. Yo no soy un erudito, porque no tengo sabiduría para ello. Yo no sé lo

que saben un Menéndez Pelayo, un Valera, etc., y no quiero parodiarlos. Sabría lo bastante para fingir con regular resultado la erudición que otros aparentan...; pero antes que eso, verdugo. Doña Emilia Pardo me aconsejaba hace tiempo que escribiera un *trabajo* acerca de Juan Ruiz el Arcipreste, ó de Quevedo, etc., etc., y hasta me dejaba entrever la esperanza de que por ese esfuerzo de mi erudición me darían quince duros.

Si yo fuera un erudito de veras, y tuviese algo nuevo y bueno que decir del Arcipreste ó del señor de la Torre consabida, lo habría dicho sin que nadie me lo aconsejase y sin el señuelo de los trescientos reales.

Si somos pobres para pagar literaturas, seámoslo con dignidad; no se hable de dar setenta y cinco pesetas á quien estudie con novedad é ingenio al autor de *El Gran Tacaño*.

Yo con mis *Paliques* no me meto á descubrir nada, ni pretendo rozarme con los verdaderos eruditos; y en cambio tengo la pretensión de predicar el buen gusto y la lealtad y franqueza en la crítica, y por esto me pagan de un modo decoroso.

¿No vale eso más que exponerse á ir emparedado en una revista seria entre un artículo de Fabié y una atrocidad de Fray Zacarías, que llama *todavía* Anticristo á Renán?

Las revistas, tal como en España se entienden, se han hecho para las estadísticas del señor Jimeno Agius y las lucubraciones de Becerra acerca de la raza ibérica.

A lo menos á mí la *primer salida* por esas revistas de Dios me ha resultado bastante mala; vuelvo á mis lares con varios artículos pagados á veinte duros... y la historia de mi independencia crítica expuesta á un fracaso. A mi *casa*, pues.

Y *mi casa* es ésta, mis folletos. Aunque prefiero los articulillos cortos y bien pagados, hay asuntos que exigen más extensión y cierta formalidad; para éstos quería yo las revistas. Pero como gato escaldado huye del agua fría, no vuelvo á acordarme de ellas... y hago yo la mía. Es decir, que cuando se me ocurra escribir algo de lo que enviaría á *La España Moderna*, si me hubieran dejado incólume mi independencia, mi *autonomía* crítica, en adelante lo publicaré en un folleto de éstos, que llevará por subtítulo *Mi revista*.

Y ya está explicado todo.

Ahora, allá van los dos artículos de la historia que dejo narrada; el de Campoamor y el de doña Emilia Pardo Bazán. Tal vez, si lee este último el Sr. Lázaro, diga: «Eso lo hubiera publicado yo; por eso no se enfadará nuestra ilustre amiga...» ¡Oh, amigo, responde á *Clarín:* yo

no puedo dejar que dependa la publicación de mis artículos del *genus irritabile vatum!*... Yo cuando escribo, pienso en la justicia, no en la raza de pulgas que tengan los autores.

—

Y hablando de otra cosa, debo advertir que ya sé que he prometido á mis bondadosos lectores dos segundas partes; la de *Cánovas y su tiempo*, y la de *Rafael Calvo y el Teatro Español*. Todo se andará. La del *Teatro* creo que será más oportuno publicarla cuando haya empezado la nueva temporada, allá en otoño, cuando se hable más de estas cosas. En cuanto á la parte segunda de *Cánovas*... esperaremos á que *entren* los conservadores. Y si tardan mucho, aprovecharé el primer parto literario del monstruo... ó la primerasilba (1).

(1) Al corregir las pruebas de este artículo—5 de Julio—oigo que Cánovas ya *viene*. Bien venga, si viene solo.

LA POÉTICA DE CAMPOAMOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Cuando en la juventud se ha sabido reflexionar, y hasta cavilar como los viejos, suele encontrarse en la vejez la compensación de un espíritu siempre joven. Respecto del ideal y respecto de la poesía, hay hombres cigarras y hombres hormigas; el que desde joven sacrifica algo de la primavera á la vida *fuera del tiempo*, guarda *allá para el invierno* algo de la primavera *ahorrada;* lo más puro de ella, su hermosura ideal. Nada más repugnante que un viejo verde según la carne, y nada más interesante que un *viejo verde* según el espíritu. Cuando el joven es pensador, de viejo encuentra que en él, como decía el solitario de Ginebra, Amiel, lo eterno, ha sacado provecho de los destrozos causados por el tiempo. Nuestra literatura actual (y acaso algo semejante, aunque no sin muchas